

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos, 3, 13-15.17-19): *Dios lo resucitó y nosotros somos testigos*

Salmo (4, 2.7.9): *«Haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor»*

2ª lectura (1ª Juan, 2, 1-5): *Lo conocemos en que guardamos sus mandamientos.*

Evangelio (Lucas 24, 35-48): *¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro interior?*

La figura de Jesús en la cruz no dejó lugar a dudas. Todos pudieron ver al nazareno, muerto, colgado de un madero. No fue fácil para los suyos, a pesar de que estaban advertidos, al igual que también estaban avisados de su resurrección. Al tercer día, y progresivamente, los discípulos descubren la tumba vacía y comienzan a experimentar el encuentro con el Señor resucitado. No es una evidencia, ni una imposición, y a muchos les cuesta reconocerlo. Se trata de una experiencia en la que descubren que Jesús continúa vivo, resucitado, junto a ellos. **¿Podía haber una noticia mejor?**

«**Paz a vosotros**». El saludo de Jesús disipa las oscuridades que padecía la primera comunidad: miedo, desconfianza, decepción... Su presencia es luz y esperanza para quienes habían puesto su confianza en Él. Todo comienza de nuevo, puesto que el Señor está con ellos. Vuelven sus palabras, la serenidad de su presencia, la alegría del encuentro y la comida compartida. Jesucristo, otra vez, calma la tempestad cuando todos creían que la nave se hundía. La barca del pequeño grupo de los discípulos de Jesús comienza a surcar el mundo con un mensaje que cambiará la vida de infinitud de personas.

El encuentro con Jesús resucitado les transforma. Los atemorizados y escondidos discípulos pasan a ser testigos valientes del Evangelio de Jesucristo. Discípulos misioneros que, sin temor al rechazo, se convierten en valientes mensajeros de Jesucristo. Las palabras y las acciones de estos primeros discípulos son el punto de arranque de la expansión de la figura y el mensaje de Jesús. No hay barreras lo suficientemente altas, ni resistencia lo suficientemente grande que frene al Evangelio. Es evidente que el Espíritu es el protagonista, pero los testigos comparten su experiencia y arriesgan su vida. Para ellos, lo más importante es el anuncio de Jesucristo.

También Jesucristo ha salido a nuestro encuentro y nos ha invitado a acogerlo en nuestra vida. Hemos experimentado su presencia y quizá, como los discípulos, estemos temerosos o desconfiados, pero Él nos invita a ir más allá, a vivir con pasión su enseñanza y a ser sus testigos.

Testigos del amor, testigos del Evangelio, testigos de Dios allá donde estemos. Experimentar al Señor es dejar que Él tome las riendas de nuestra vida y vivir cautivados por Él; es actuar con pasión y alegría y anunciar nuestra fe con obras y palabras.

En nuestro tiempo es mucho más común ser espectador que testigo. De hecho, hay quien dice que vivimos en la cultura del espectáculo: deportes, conciertos, televisión, cine, teatro y muchísimos acontecimientos más requieren miles de espectadores y ¡lo consiguen!

Me parece que somos una sociedad productora de espectadores. Son muchas las personas que van a los diferentes eventos, la mayoría de ellos con fines de mero entretenimiento, pagan a veces más de lo que pueden para asistir y lo convierten en parte de su conversación cotidiana.

No contentos con ello, hemos metido el mundo de espectáculo dentro de nuestras casas y a veces dentro de nuestros mismos bolsillos: algunos productos de la tecnología, como las computadoras personales, teléfonos celulares y otros muchos inventos, los utilizamos quizás más para el entretenimiento que para el trabajo o las relaciones interpersonales.

Jesús no fue un espectador de su mundo. Fue un testigo del Reino de Dios, un testigo veraz y completamente comprometido. No habló del Reino como quien enseña una lección previamente aprendida, sino como quien ha involucrado su vida totalmente en el proyecto del que se vuelve portavoz y testigo de calidad.

Jesús apostó su vida por el Reino, como ningún espectador en su sano juicio lo haría por el objeto de su atención. Y su testimonio valiente le atrajo la persecución y la muerte violenta, como bien sabemos. Pero ese mismo testimonio le valió la respuesta del Dios del Reino, quien le otorgó su misma vida divina, vida eterna, al levantarlo de entre los muertos.

En el evangelio que acabamos de leer Jesús se identifica ante los suyos por sus miembros traspasados por los clavos de la cruz: *«Mirad mis manos y mis pies»*. No hay ya espacio para el temor ni para las dudas. **¡Es Él!**, y sin embargo hay algo que ha cambiado profundamente. Es aquel en quien se cumplió lo dicho por las Escrituras, la ley de Moisés, los profetas y los salmos: *«Murió según las Escrituras, y resucitó al tercer día, según las Escrituras»*. Y, para que las cosas queden bien claras apunta Pedro: *«de ello nosotros somos testigos»*.

Señor Jesús, haznos discípulos misioneros, testigos valientes del Evangelio... danos fuerza para que nuestra vida sea reflejo de tu mensaje.